

Una amistad filosófico-política

CARLO GALLI

(UNIVERSIDAD DE BOLOGNA - ITALIA)

Nos conocimos gracias a Carl Schmitt y a Thomas Hobbes, con todo lo que los nombres de estos dos autores, que abren y cierran el escenario político moderno, implican y evocan; es decir, no sólo por lo que valen en sí mismos, en virtud de la articulación interna de sus pensamientos, sino por lo que dicen de la modernidad y del Estado, y por lo que los estudiosos han vislumbrado en ellos respecto de estas cuestiones.

En este sentido, no es casual que tanto Jorge como yo hayamos llevado a cabo una reseña de las interpretaciones de Schmitt, cada uno en su propio país –la suya, para ser sinceros, inmensamente más rica y compleja que la mía, que tampoco era breve–,¹ convencidos de que a través del análisis de la suerte de Schmitt fuese posible reconstruir la condición de la conciencia crítica de una cultura nacional. Aun cuando las dos historias difieren y se presentan desfasadas, como es el caso de la Argentina y de Italia, la primera, asomándose con esfuerzos a la democracia, la segunda, alejándose incómoda de ella, y de Europa.

No es casual, por otro lado, que ambos nos hayamos medido por mucho tiempo con uno de los libros más enigmáticos de Schmitt, el texto sobre el *Leviatán*, además de medirnos con Hobbes, autor que Schmitt amó y criticó, interpretó y traicionó, en un “cuerpo a cuerpo” que es más bien batalla última y decisiva –nunca acabada, ni para él ni para nosotros– con la pretensión moderna de racionalizar y juridicizar la política y su órgano principal, el Estado. Una pretensión que a Jorge, como a mí, nos parecía obligada y, al mismo tiempo, imposible; y que a través de la lectura de Schmitt lector de Hobbes se fue delineando en su complejidad, en su necesidad y en su carácter aporético.

¹ Véase Dotti, Jorge E., *Carl Schmitt en Argentina*, Rosario, Homo Sapiens, 2000.



JORGE DOTTI,
in memoriam

No es casual, finalmente, que ambos hayamos sido directores y fundadores de revistas –yo de *Filosofía política*, en 1987; Jorge, de *Deus mortalis. Cuaderno de Filosofía política*, en el 2002–. Fundar y dirigir revistas es una de las empresas más importantes entre aquellas a las que nos invita y tienta nuestra profesión: tanto porque permite al investigador organizar cultura, intentar proponer una dirección coherente al desarrollo de la investigación científica, como por el carácter militante, casi político que reviste el intento de hacer funcionar una revista, si bien rigurosamente científica; pero también por el esfuerzo comunitario de crear grupos de trabajo ni compactos ni unitarios, sino respetuosos de todas las individualidades y de todas las sensibilidades, pero movidos por el fervor, por la urgencia intelectual, de debatir temas e interrogantes compartidos. El cruce no termina aquí: Jorge formó parte, con otros muy ilustres estudiosos, del Comité internacional de *Filosofía política*; y yo tuve el honor de publicar un ensayo en el N° 8 de *Deus mortalis* (2009).

En fin, aun en la diferencia de recorridos y de estilos, la convergencia temática y metodológica entre nosotros no fue casual; prácticamente coetáneos, ambos nos formamos sobre el pensamiento alemán y, en general, sobre la filosofía clásica moderna (sobre todo la línea “continental”, dentro de la cual contamos también a Hobbes y a Locke), de la que hemos medido la energía interna que el viraje hacia el neoliberalismo intentó despotenciar, junto con las instituciones políticas (el Estado) que, de distintas maneras y en diferente medida, hacían referencia a ese aparato de pensamiento. Un viraje con el que nos tocó confrontarnos en nuestra primera madurez científica y que contrastamos, cada uno en su propio contexto cultural y geográfico, con la idea de que se trataba y se trata de manifestar una justificada “desconfianza ante el reduccionismo moral o económico que impera en la filosofía práctica actual”, y de que era y es necesario intentar contraponer a este pensamiento único “la reivindicación de la identidad idiosincrática de lo político” y “la necesidad de atender a esos antagonismos constitutivos de toda relación política, que confieren a doctrinas y programas de acción su consistencia conceptual y su densidad histórica”, como respuesta “al arcano del tiempo teológico secularizado, como decisión ante la crisis”.²

² Dotti, Jorge E., “Prefacio”, en *Deus mortalis. Cuaderno de filosofía política*, N° 1, 2002.

Estoy citando, con variaciones mínimas, la *Presentación* que Jorge escribió para el primer número de *Deus mortalis*, delineando así un recorrido original y fuera del coro que testimoniaba la seriedad tanto de su hacer filosofía como de su intento no conformista de luchar contra los *idola fori* de las neutralizaciones contemporáneas –por otro lado falaces–, es decir, contra el mundialismo acrítico y sus ideologías individualistas y mercantiles. Un recorrido y un programa con los que estoy de acuerdo y que he hecho míos desde que me inicié en esta profesión, con la conciencia de que sin el encuentro con los clásicos (no sólo modernos) y sin sus aparatos conceptuales, la filosofía es sólo charla, tanto más subalterna al curso del mundo cuanto más pretende deconstruir verbalmente sus conceptos y categorías.

Un recorrido y un programa que Jorge trazó magistralmente y al que adhirió con coherencia, y que cuando escribía esas palabras ya había ampliamente honrado como estudioso de robusta formación y de amplia doctrina, como autor de libros y ensayos sobre Hobbes, Rousseau, Kant, Hegel, Schmitt, y de trabajos sobre temas como la soberanía, el liberalismo, la representación, la democracia, la guerra. Un pensador muy activo en lo que hace a la investigación acerca de la recepción argentina de figuras y cuestiones del pensamiento político europeo –investigación que practicaba con el intento de sustraer la cultura filosófica del Sur al dominio anglosajón y postmoderno, y de ofrecer, al mismo tiempo, una interpretación muy original. Un intento que también yo he perseguido en la convicción de que la tradición moderna clásica contiene una constelación de conceptos que, oportunamente interrogados, aún tienen la fuerza de instituir y de organizar un pensamiento realmente crítico. Crítica que no sea académica repetición del pasado, sino sentido de la historia y de las crisis, de las contradicciones y de la realidad, de los conflictos y de las instituciones. Y que pueda ofrecer orientación y estímulo intelectual ante los desafíos del mundo contemporáneo.

Naturalmente, haciendo referencia al arco filosófico que va de Hobbes a Schmitt, nuestro punto de partida era diferente: mi intento se orientaba, y se orienta, a un “realismo crítico”, no a restaurar las arquitecturas intelectuales y políticas modernas; mientras que el esfuerzo de Jorge apuntaba a realizar, por primera vez, las instituciones de la modernidad en el contexto político en el que vivía y



operaba. Sin embargo, Jorge y yo, cada uno a su manera, siempre nos encontramos cerca –aun cuando nos movíamos en contextos políticos y geográficos muy lejanos– en la voluntad de hacerle honor a nuestra profesión de estudiosos y en hacer filosofía con sentido de la responsabilidad política y civil. Y en virtud de esta cercanía, así como del afecto y del reconocimiento que siento hacia él por sus gestos de señorial generosidad hacia mí, desde lo más hondo de mi corazón le digo: “en el nombre del pensamiento filosófico que has practicado con pasión, no te olvidaremos, Jorge. Que la tierra te sea leve, amigo”.

Traducción del italiano: Sandra Palermo.

